

TEORÍAS DE LA VERDAD Y SUPUESTOS ALÉTICOS DE FREUD: IMPLICANCIAS PARA EL PSICOANÁLISIS ACTUAL

Azcona Maximiliano

E-Mail: azconamaxi@hotmail.com

Director de Beca: Lahitte Héctor Blas

Co-Director de Beca: Sánchez Vazquez María José

RESUMEN

Este trabajo vincula los desarrollos contemporáneos de algunas teorías de la verdad en filosofía (correspondentista, coherentista y pragmatista) con las propuestas teóricas de Sigmund Freud. Paralelo hemos retomado las principales conjeturas de algunos filósofos representantes de dichas teorías y las hemos puesto en relación con algunas suposiciones freudianas, reconstruidas a partir del análisis de sus formulaciones teórico-clínicas.

Palabras clave: Psicoanálisis – Teorías de la verdad – Epistemología – Freud

Abstract

This work links contemporary developments in theories of truth in philosophy (correspondentist, coherentist and pragmatist) with the theoretical proposals of Sigmund Freud. For this we have taken over the principal assumptions of some philosophers representatives of these theories and put them in relation to some Freudian assumptions, reconstructed from the analysis of theoretical and clinical formulations.

Key words

Psychoanalysis – Theories of truth – Epistemology – Freud

1. Introducción

“¿Qué es la verdad?” preguntó irónicamente Pilato para luego lavarse las manos. El derrotero de respuestas dadas por la filosofía a lo largo de su historia, sobre todo en los siglos XIX y XX, ha

hecho de esta pregunta un problema que hoy carece de respuestas satisfactorias. A pesar de que esa situación ha decantado en varios escepticismos y agnosticismos que amenguan las discusiones sobre el tema, es difícil negar que la referencia a la verdad siga siendo inevitable tanto en los ámbitos de la vida cotidiana como en los contextos filosóficos y científicos.

En la órbita de las teorizaciones y prácticas psicoanalíticas, en donde se da por hecho que la verdad ha sido embestida contundentemente, el problema se ramifica sin ser advertido: tras la escasa revisión sistemática, la disparidad de suposiciones respecto de la verdad quedan implícitas en las producciones (teóricas, de aplicación y de enseñanza) y el grado tácito de acuerdo y/o digresión se transfiere, sin ser notado en cuanto tal, a toda una serie de problemas aledaños (p.e. los de corroboración empírica, los relativos al valor de la modelización metapsicológica, los inherentes a la posición del analista en los dispositivos, etc.).

Aquí nos orientaremos hacia una dilucidación de la noción de verdad utilizada por Sigmund Freud. Las comunicaciones subsiguientes serán ordenadas a partir de esta conjetura: Freud utiliza diferentes nociones de verdad en sus propuestos teóricos.

2. La afinidad correspondentista.

La concepción de la verdad como correspondencia con la realidad ha sido hegemónica desde el origen de la humanidad hasta el siglo XX. Sin embargo, en la actualidad, sorprenden las escasas defensas que se esbozan de la misma (Searle, 2001). Su aparición se remonta a las obras de Aristóteles y Platón¹, (razón por la cual se la suele denominar concepción clásica de la verdad) y puede ser definida a partir de las siguientes premisas:

1- La verdad supone una adecuación del lenguaje al mundo (no a la inversa), siendo por ello una relación fundamentalmente asimétrica.

2- Hay segmentos específicos del lenguaje que se relacionan con partes delimitadas del mundo.

Teniendo en cuenta esas notas características, la teoría correspondentista de la verdad puede ser definida como una relación asimétrica de adecuación que existe vinculando hechos del mundo y segmentos del lenguaje. Por ello, desde esta teoría, la verdad es una propiedad esencial de ciertas proposiciones.

Teniendo en cuenta que la noción de referencia es central en las teorías correspondentistas, cualquier análisis de la noción freudiana de la verdad debería permitir ver que concepción de la referencia manejaba el vienés.

En relación al contexto teórico, vemos que para Freud el pensar científico se distingue del pensar común porque “su afán es lograrla concordancia con la realidad, o sea, con lo que subsiste fuera independiente de nosotros” (Freud, 1933: 157). Quizás por ello calificó, en varios pasajes, a las construcciones de la ciencia como descubrimientos; al punto de afirmar que las investigaciones del psicoanálisis respecto de lo inconciente “descubrieron algunas de las leyes que lo gobiernan” (Freud, 1938b: 288). Sostendremos en base a esto que el vienés era (al menos por momentos) partidario de una teoría correspondentista de la verdad: “llamamos verdad a esta concordancia con el mundo exterior objetivo (real)” (Freud, op. cit. 1933: 157).

Es en el contexto clínico en donde la concepción freudiana de la referencia supone una novedad absoluta para el pensamiento occidental. La noción de referencia que da origen al psicoanálisis está explícitamente formulada por Freud al comienzo del siglo XX y podría caracterizarse del siguiente modo: un enunciado proferido por el hablante no refiere solamente a lo que su conciencia cree que refiere sino a otra cosa. En ese sentido, la verdad es una relación de referencia que aparece imposibilitada a la conciencia, por el mismo funcionamiento psíquico².

Esta línea argumental de Freud se podría emparentar a la sostenida por los griegos: la verdad (ἀλήθεια) como descubrimiento del ser verdadero que se halla oculto por el velo de la apariencia. El yo conciente y la conciencia de sí son los principales velos de la verdad inconciente. Por eso mismo, durante el análisis “la solución de sus conflictos [del enfermo] y la superación de sus resistencias sólo se logra si se le han dado las representaciones-expectativa que coinciden con su realidad interior. Las conjeturas desacertadas del médico se tonan de nuevo en el curso del análisis; es preciso retirarlas y sustituirlas por algo más correcto” (Freud: 1917: 412).

Ahora bien, en lo que a Freud respecta, sabemos que hay toda una línea de supensamiento que es heredera del kantismo³ y que con Assoun podemos catalogar de “agnosticista” (Assoun, 1982). El agnosticismo freudiano se funda en la concepción del inconciente como “cosa en sí” y abre toda una vía de reflexiones sobre el conocimiento que hemos desarrollado en otra parte (Azcona, 2013) y que aquí solo podemos mencionar tangencialmente. Diremos, a partir de ello, que la posición de Freud en relación a la teoría correspondentista es basculante: la adhesión manifiesta que hemos citado se complementa con un rechazo (basado en argumentos kantianos) de la misma. Situación que lleva a preguntarnos por otras suposiciones, inherentes a la verdad, que pudieran estar fundamentando muchas de las argumentaciones de Freud.

3. Relaciones con el enfoque coherencial.

En términos generales suele sostenerse que las teorías coherencialistas de la verdad consideran a la consistencia interna de un sistema como la condición suficiente para poder hablar de verdad: un sistema de creencias está justificado siempre y cuando no haya contradicción entre las mismas. La verdad es una propiedad de los sistemas de enunciados en su conjunto y sólo puede predicarse de los enunciados singulares por derivación (un enunciado es verdadero si y sólo si es miembro de un sistema coherente). Se ha afirmado también que la consistencia interna no es un criterio suficiente para hablar de verdad (Joachim, 1906) y se suelen agregar los de completitud e inteligibilidad (Blanshard, 1939).

Por todo ello, también se ha dicho que “la verdad equivale a la coherencia ideal (esto es, que la verdad de una proposición equivale de hecho a la coherencia óptima de ésta con una base de datos ideal)” (Rescher, 1985: 795).

Los positivistas lógicos evolucionaron de una teoría correspondentista a un enfoque coherencial de la verdad (Hempel, 1935). Itinerario que tiene como protagonista la asunción de la imposibilidad de salirse del lenguaje y la experiencia para contraponer enunciados y hechos. Por esto, “en último término, la adopción o el rechazo de un enunciado depende de una decisión” (ibíd.: 492); es decir que la verdad es una convención⁴.

En el contexto de la teorización freudiana (a pesar del desarrollo de diversos modelos etiológicos posteriores) desde el abandono de la “teoría de la seducción traumática” la noción de verdad que Freud adopta no podría conceptualizarse en un sentido correspondentista clásico. A partir de la célebre carta dirigida a Fliess el 21 de septiembre de 1897, en la que Freud admite que “en lo inconsciente [...] no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto” (Freud, 1897: 302), el estatuto ontológico de las entidades con las que nuestro autor se compromete sufre una modificación que subvierte la concepción misma de la verdad.

Así, por ejemplo, los fenómenos oníricos suponen un “trabajo del sueño” consistente en la desfiguración de ciertos contenidos representacionales y, como contrapartida, “será la interpretación del sueño la que habrá de restaurar la trama que el trabajo del sueño aniquiló” (Freud, 1900: 318). Un “trabajo de desciframiento” que tiende a restablecer la coherencia de lo que se presenta inconexo e incongruente (el recuerdo-relato del sueño). Trabajo analítico que no refiere al orden de la realidad exterior sino a las fantasías inconscientes y a la dinámica psíquica que impide su expresión consciente. En ese sentido, la verdad en juego no supone la concordancia

con la realidad externa(material e independiente, según el vienés) sino con el conflicto representacional y la solución lograda por el psiquismo.

En lo relativo al contexto clínico, según Freud o bien el relato conciente es incoherente (lagunar, contradictorio, etc.) o bien es de una aparente coherencia, en la que el yo enuncia un sentido adjudicado a ciertas manifestaciones realizadas. En ambos casos se trata de un autoengaño: tras lo manifiesto se pueden colegir significados no sabidos para la conciencia y que, por la vía del trabajo analítico, revelan una coherencia que vuelve inteligible lo enigmático. Lo que Freud dio en llamar “mecanismos defensivos” es la forma en que el psiquismo enmascara las motivaciones inconscientes y (según el mecanismo en cuestión) la resolución conflictiva inherente.

Ricœur ha catalogado a Freud (junto a Nietzsche y a Marx) como uno de los “maestros de la sospecha”, en tanto que puso en evidencia “la ilusión de la conciencia de sí” a través de una “exégesis del sentido” (Ricœur, 1969: 139). Si el sentido verdadero es algo codificado, la novedad freudiana reside en haber podido representar el trabajo de esa codificación y, al mismo tiempo, la forma de decodificarlo. “Se puede decir, en un sentido no escéptico, que ese sentido es promovido e, incluso, creado por el análisis, y que por lo tanto, es relativo al conjunto de los procedimientos que lo han instituido. Podemos afirmar esto siempre y cuando digamos lo contrario: que el método es verificado por la coherencia del sentido descubierto” (ibíd.: 140). La búsqueda de significado que dé coherencia y sentido al material que proporciona el paciente es parte de la competencia psicoanalítica; por ello para Ricœur, la verdad de las hipótesis interpretativas radica en el armado de una “constelación confirmatoria” que aúne los criterios de coherencia, consistencia interna e inteligibilidad narrativa (Ricœur, 1977).

En general han sido las corrientes psicoanalíticas de tipo hermenéutico las que privilegiaron esta línea de pensamiento de Freud. Sin embargo, aunque la mayoría de los partidarios de la hermenéutica adhirieran a la noción de verdad narrativa por su utilidad en el contexto clínico, no todos comparten la idea de trasladar esa forma de fundamentación al contexto de las teorizaciones generales (Spence, 1982).

4. La afinidad al pragmático-instrumentalismo.

En las últimas décadas asistimos a una revisión del pragmatismo clásico americano, cuyos tres representantes destacados fueron Charles Sanders Peirce, William James y John Dewey⁵. Aquí sólo nos detendremos en la concepción de la verdad que nace por referencia a ellos. Tanto Hilary Putnam como Richard Rorty han sostenido que la noción de verdad presente en James constituye

una alternativa a la teoría clásica de la verdad. Para Putnam (1992) es una alternativa a la verdad correspondentista del realismo metafísico y para Rorty (1991) es un ejemplo de que la teoría de la verdad debe ser desterrada.

En lo que al problema de la verdad respecta, podemos decir que la tesis común a toda teoría pragmatista es la definición de verdad en términos no clásicos. Comúnmente se acepta la idea de que la posición pragmatista define a la verdad como aquello que funciona. Es por ello que el papel de las consecuencias prácticas es un elemento central; en oposición a otros criterios de verdad. Dicho en otras palabras, un enunciado es verdadero si constituye un principio de acción exitosa. Generalmente se ha aceptado que la resolución de problemas está estrechamente ligada a la capacidad predictiva de un cuerpo de ideas: ellas son verdaderas cuando las predicciones son acertadas (sin que ello involucre referencialidad isomórfica de cualquier tipo). Estrictamente hablando, las hipótesis no serían más que conjuntos de reglas para relacionar fenómenos de forma ventajosa.

Para Williams James, el pragmatismo no tiene dificultades en aceptar que la verdad sea adecuación respecto a la realidad. El problema comienza, nos dice, con la cuestión de qué ha de entenderse por los términos adecuación y realidad: “la noción más popular es que una idea verdadera debe copiar su realidad. [...] Cierren ustedes los ojos y piensen en ese reloj de pared y tendrán una verdadera imagen o reproducción de su esfera. Pero su idea acerca de cómo «anda» -a menos que ustedes sean relojeros- no llega a ser una reproducción, aunque pase por tal, pues de ningún modo se enfrenta con la realidad. Aun cuando nos atuviéramos sólo a la palabra «andar», ésta tiene su utilidad; y cuando se habla de la función del reloj de «marcar la hora» o de la «elasticidad» de su cuerda, es difícil ver exactamente de qué son copias sus ideas” (James, 1906: 26). Dicho en otras palabras, “... de muchas realidades nuestras ideas pueden ser solamente símbolos y no copias. «Tiempo», «pasado», «fuerza», «espontaneidad», ¿cómo podría nuestra mente copiar tales realidades? [...] En su más amplio sentido «adecuar» con una realidad, sólo puede significar ser guiado ya directamente hacia ella o bien a sus alrededores, o ser colocado en tal activo contacto con ella que se la maneje, a ella o a algo relacionado con ella, mejor que si no estuviéramos conformes con ella” (ibíd.: 33). La verdad aparece utilizada con una fundamentación práctica (o ética) antes que epistemológica o metafísica: una creencia es verdadera porque represente reglas de acción favorables respecto de otras.

Hay ciertos pasajes de la obra de Freud que se muestran semejantes al planteo de James. Para él, lo inconsciente es en sí mismo incognoscible y es por ello que las “verdades” que pudieran

obtenerse lo son en tanto que copias exactas: “no hemos de sustituir el proceso psíquico inconsciente, que es el objeto de la conciencia, por la percepción que esta hace de él. Como lo físico, tampoco lo psíquico es necesariamente en la realidad según se nos aparece” (Freud, 1915:167). El carácter ficcional que parecieran adquirir algunos conceptos de la metapsicología freudiana no significa en absoluto que Freud sea esencialmente un antirrealista, sino simplemente que hay veces en las que utiliza algunos de sus conceptos sin pretensión de referencialidad extralingüística (lo cual no nos debería llevar a olvidar otros pasajes en los que claramente utiliza los mismos conceptos en un sentido realista). Algunas veces, las nociones de verdad que Freud sostiene se ven también afectadas por esta perspectiva antirrealista, ya sea en el contexto de la teoría o en el de las operaciones clínicas que describen representaciones inconscientes. Sobre la primera advertencia podemos mencionar, a modo de ejemplo, la sustitución del modelo tópico por el modelo dinámico; sin renunciar enteramente al primero justamente por su utilidad práctica: permitir una mejor representación intuitiva del carácter sistemático de lo psíquico (Freud, 1900). Respecto al segundo tipo de contexto, podemos mencionar el artículo “construcciones en análisis”: allí nos dice que la tarea del analista consiste en “colegir lo olvidado desde indicios que esto ha dejado tras sí; mejor dicho: tiene que construirlo” (Freud, 1937: 260). Nos dice que esa tarea de construcción (de la que señala enormes similitudes con la tarea arqueológica) no siempre consigue llevar al paciente hasta el recuerdo de lo reprimido; y en lugar de ello el análisis alcanza “una convicción cierta sobre la verdad de la construcción, que en lo terapéutico rinde lo mismo que un recuerdo recuperado” (ibíd.: 267). Como puede advertirse, aquí la verdad de la construcción es ponderada también por su eficacia práctica. Vemos que para ambos contextos el agnosticismo es lo que, devenido instrumentalismo, posibilita conceptualizar a la verdad desde sus efectos pragmáticos. Conceptualización también emparentada a lo planteado por Dewey: “es verdadera la idea que trabaja para llevarnos a lo que se propone” (Dewey, 1916: 304).

Habiendo renunciado Freud a un conocimiento acabado de las representaciones inconscientes, sostiene que el proceso de construcción analítica es una herramienta para alcanzar los objetivos del análisis. La obtención de esos fines es lo que posibilita considerarla verdadera de las construcciones. En tal sentido y al igual que para James, “la posesión de la verdad, lejos de ser aquí un fin en sí mismo, es solamente un medio preliminar hacia otras satisfacciones vitales” (James, 1906: 27).

Si la perspectiva neopragmática de Rorty, cuya base es James, parte de que lo verdadero es “aquello cuya creencia resulta beneficiosa” (Rorty, 1982: 243), entonces puede decirse que el

contexto de las enunciaciones clínicas de Freud se podrían comprender mejor si se las interpreta pragmáticamente: el éxito terapéutico es un criterio insoslayable para considerar la validación psicoanalítica⁶. Freud supo ver las asperezas de este problema al indicar que el éxito no era equivalente, en todo momento, a bienestar del paciente ni a remisión inmediata de los síntomas.

En base a lo anterior podríamos decir que lo que lleva a Freud a evolucionar su método (tanto a nivel clínico como de investigación) se puede reconstruir, en gran parte, como un conjunto de criterios pragmáticos.

5. Conclusiones

Las consideraciones anteriores no deberían entenderse como un intento por encajar al pensamiento de Freud en tal o cual orientación filosófica respecto del problema de la verdad. Ello sería un absurdo por, al menos, dos cuestiones: 1) porque las orientaciones filosóficas tomadas en cuenta, lejos de constituir conjuntos homogéneos de argumentos, son apenas agrupables a partir de límites sumamente difusos y dinámicos; 2) porque el pensamiento freudiano tampoco es un todo armónico, sino que constituye un conjunto de ideas, supuestos y argumentos que muchas veces entran en flagrante contradicción entre sí (diacrónica y sincrónicamente hablando).

Sin embargo, lo que la articulación pretendida implica es la posibilidad de encontrar en el pensamiento de Freud una serie de líneas argumentales que sí pueden ponerse en sintonía con lo que distintas orientaciones filosóficas han teorizado sobre la noción de verdad. Esto último comporta un hecho sumamente fructífero, en la medida en que, por un lado nos permite continuar reflexionando sobre los supuestos que sostienen las argumentaciones freudianas y, por otro lado, nos posibilita contribuir a las elecciones de las propias orientaciones teórico-clínicas desde una perspectiva crítica.

No pocos creen que las formulaciones filosóficas sobre la verdad han desembocado en un dilema: “una interpretación realista de la teoría de la correspondencia no tiene ninguna posibilidad a pesar de todas las opiniones de sus defensores. Por el contrario, las propuestas alternativas parecen no poder escapar o del ámbito del lenguaje (en las teorías de la redundancia, contextuales y coherentistas) o quedan en manos de decisiones que afirman arbitrariamente una expresión (en las teorías pragmáticas). O bien faltan los criterios de verdad, o bien no son controlables” (Lorenz, 1972: 113). A ello podríamos sumar el hecho de que aún “no se ha demostrado en otros campos que el intelecto humano posea una pituitaria particularmente fina para la verdad, ni que la vida anímica de los hombres muestre una inclinación particular a reconocer la verdad. Antes al

contrario, hemosexperimentado que nuestro intelecto se extravía muy pronto sin aviso alguno, y que con la mayor facilidad, y sin miramiento por la verdad, creemos en aquello que es solicitado por nuestras ilusiones de deseo” (Freud, 1939: 124). A pesar de ambas cuestiones, seguimos haciendo psicoanálisis y usando alguna noción de verdad. Dicho de otra manera: seguimos eligiendo cursos de acción que se basan en creencias específicas y no en otras; está en nosotros explicitarlas y discutir las o hacer como Pilato.

NOTAS

¹ Cf. Aristóteles: *Metafísica* libro IV, apartado 7; y Platón: *El Sofista*, pp. 263. La definición moderna de esta teoría puede encontrarse en Tomás de Aquino: *Summa theologiae* I, 16.2; y *De veritate* I, 1.

² “Freud tomó la responsabilidad [...] de mostrarnos que hay enfermedades que hablan y de hacernos entender la verdad de lo que dicen.” (Lacan, 1951: 206) Cf. p.e. la entrevista realizada a Lacan por Madeleine Chaspal, publicada en 1957. Allí sostiene: “en psicoanálisis la represión no es la represión de una cosa, es la represión de una verdad. ¿Qué es lo que pasa cuando se quiere reprimir una verdad? Toda la historia de la tiranía está allí para daros la respuesta: ella se expresa en otra parte, en otro registro, en lenguaje cifrado, clandestino. ¡Y bien! Eso es exactamente lo que no se produce con la conciencia: la verdad, persistirá pero traspuesta a otro lenguaje, en lenguaje neurótico”.

³ Freud tuvo por maestro a Ernst Wilhelm von Brücke, un ex discípulo de Emil Du Bois-Reymond. Este último desarrolló un agnosticismo que se basa en la teoría kantiana del límite del conocimiento humano y que pareciera haberse transmitido a sus discípulos (cf. Assoun, 1982)

⁴ En ese sentido, una de las críticas más interesantes al enfoque coherencial ha sido que “puede proporcionarnos un criterio para establecer qué es verdadero, pero no, ciertamente, una definición de la verdad” (Rescher, 1985: 795).

⁵ Lo cual no significa que las concepciones de ellos tres sean un bloque compacto. Nunca ha sido así. Como prueba de ello, puede verse que ya en 1908, Arthur O. Lovejoy distinguió trece pragmatismos diferentes.

⁶ El propio Ricœur ha dicho que “el éxito terapéutico [...] constituye [...] un criterio autónomo de validación” (Ricœur, 1977: 868).

Referencias Bibliográficas

- Aristóteles** (1993). *Metafísica*; versión española de Patricio de Azcárate. Madrid: Espasa Calpe.
- Assoun, P.L.** (1982). *Introducción a la epistemología freudiana*. México: Siglo veintiuno.
- Azcona M.** (2014). Epistemología y Psicoanálisis: una lectura sobre la concepción freudiana de la realidad. En *Revista de Psicología Segunda Época*, Vol. n° 13, pp. 13-32; editada por la Universidad Nacional de La Plata.
- Dewey, J.** (1916). *Essays in Experimental Logic*. Nueva York: Dover (1953).
- Freud, S.** (1897). “Carta 69”, en *Obras Completas*, tomo I. Bs. As.: Amorrortu (2003).
- Freud, S.** (1915). “Lo inconsciente”, en *Obras Completas*, tomo XIV. Bs. As.: Amorrortu (2003).
- Freud, S.** (1917). “Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III”, en *Obras Completas*, tomo XVI. Bs. As.: Amorrortu (2003).
- Freud, S.** (1933). “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, en *Obras Completas*, tomo XXII. Bs. As.: Amorrortu (2003).
- Freud, S.** (1937). “Construcciones en el análisis”, en *Obras Completas*, tomo XXIII. Bs. As.: Amorrortu (2003).
- Freud, S.** (1939). “Moisés y la religión monoteísta”, en *Obras Completas*, tomo XXIII. Bs. As.: Amorrortu (2003).
- Hempel, C.G.** (1935). “La teoría de la verdad de los positivistas lógicos”; en J. A. & Frápoli, M. J. (1997). *Teorías de la verdad en el siglo XX*, Madrid: Técno.
- James, W.** (1906). “Concepción de la verdad según el pragmatismo”; en J.A. & Frápoli, M. J. (1997). *Teorías de la verdad en el siglo XX*, Madrid: Técno.
- Joachim, H.H.** (1906). *The Nature of Truth; An Essay*. Oxford: Clarendon Press.
- Lacan, J.** (1951). “Intervención sobre la transferencia”. En *Escritos 1*, Buenos Aires: Siglo XXI. pp. 204-215.
- Lacan, J.** (1957). “Les clefs de la psychanalyse” (entrevista realizada y titulada por Madeleine Chaspal), en *Revista L’Express* 31-5-1957. Disponible en http://www.lexpress.fr/actualite/sciences/sante/les-clefs-de-la-psychanalyse_499017.html

- Lorenz, K.** (1972). "Der dialogische Wahrheitsbegriff", en *Neue Hefte für Philosophie*, 23, pp. 111 - 123.
- Platón** (1998). "El Sofista"; en *Diálogos V*, versión española de Ma. Isabel Santa Cruz, Alvaro Vallejo Campos y Néstor Cordero. Madrid: Gredos.
- Putnam, H.** (1992). *El pragmatismo. Un debate abierto*. Barcelona: Gedisa.
- Rescher, N.** (1985). "Truth as Ideal Coherence", en *Review of Metaphysics*, 38: 795-806.
- Ricœur, P.** (1969). El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (2006).
- Ricœur, P.** (1977). "The question of proof in Freud's psychoanalytic writings", en *J. Amer. Psychoanal. Assn.* 25: 835-871.
- Rorty, R.** (1982). *Consecuencias del pragmatismo*. Madrid: Técnos (1996).
- Rorty, R.** (1991). *Objetividad, relativismo y verdad*. Barcelona: Paidós (1996).
- Searle, J.R.** (2001) *Mente, lenguaje y sociedad. La filosofía en el mundo real*. Madrid: Alianza.
- Spence, D.** (1982). *Narrative Truth, Historical Truth*. New York: Norton & Company Ltd.